

(Re)fundación, Estado y Nación: ecos del discurso peronista en el campo de la comunicación política post-crisis (2002-2004)

Daniela Slipak*

“...lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la ‘justicia social’ y la ‘injusticia social’...”

“No soy nada más que argentino; que no tengo otra ideología que el pueblo de mi patria, ni otro partido político que mi patria...”

“Mejor que decir es hacer”

I. Hacia una posible dimensión de análisis

Fragmentos de discurso anónimos, en principio, y sin embargo, rápidamente atribuibles a una tradición política constitutiva de la Argentina. Producidos y (re)conocidos¹, y en este sentido, resignificados y rearticulados repetidas veces bajo particulares condiciones histórico-sociales, y lo que nos interesará particularmente aquí, políticas. En otras palabras, fragmentos que han circulado y que, trataremos de sostener a lo largo del presente texto, todavía atraviesan bajo alguna forma el imaginario del presente período. Por supuesto que no por ello, articulados y ligados armónicamente al desarrollo de algún mundo ideológico coherente y definido. En efecto, desde diversas perspectivas se ha señalado ya el carácter contradictorio y ecléctico de los enunciados proferidos por Juan Domingo Perón durante buena parte del siglo veinte, y, estrechamente ligado a ello, las dificultades que conlleva aludir al término “ideología peronista”. En este sentido, Mariano Plotkin (2004) ha mencionado la incapacidad de articulación del peronismo en una ideología coherente y definida, a causa de las peculiaridades que supuso tanto el origen como el desarrollo del movimiento, en el cual terminaron confluyendo diversos y heterogéneos sectores sociales y políticos (sindicatos, grupos nacionalistas, sectores católicos tradicionalistas, Fuerzas Armadas, etc.). Por su parte, Tulio Halperín Donghi (2004) ha señalado su falta de definición ideológica precisa, siendo el oportunismo el modo con el cual Perón había concebido sistemáticamente la acción política, en paralelo a un desinterés explícito por los planteos teóricos y doctrinarios. Asimismo, en su ya

*Licenciada en Sociología (UBA), becaria doctoral (CONICET). E-mail: danielaslipak@hotmail.com

¹ No es poco conocida la distinción que realiza Eliseo Verón respecto de los procesos de producción y reconocimiento –y su distancia histórica, circulación- que constituyen la semiosis social (1987). Si bien dicha separación creemos resulta sumamente productiva y ha dado lugar a interesantes análisis (paradigmáticamente, Verón y Sigal: 2004), quisiéramos cuestionar aquí el carácter por momentos tajante que plantea la misma, abriendo la posibilidad a una concepción más híbrida, que identifique los procesos de significación como una permanente (re)producción, que no necesariamente deba remitirse a las instancias de reconocimiento como momento metodológicamente recortable, puesto que todo proceso de producción tiene ya inscripto en su realización el reconocimiento de otros discursos, atendiendo, de este modo, a la eficacia y sedimentación que han tenido los mismos. Dejamos aquí sugerida esta crítica.

clásico trabajo, Eliseo Verón y Silvia Sigal (2004) refieren a esta heteróclita relación que aquel General mantuvo con los contenidos, representaciones y opiniones que articula todo universo ideológico definido. Si se nos permite un ejemplo más, Emilio de Ipola afirmaría: “no hubo ningún ‘pacto’ específicamente ideológico que comprometiera a las partes en la adopción de un cuerpo más o menos coherente de tesis sobre la organización de la sociedad, el papel de la política y del Estado y, en particular, la relación ‘correcta’ entre gobernantes y gobernados. El peronismo careció de Sagradas Escrituras” (1987: 92).

De todos modos, si bien es cierto que muchos autores han encontrado dificultosa la tarea de rastrear la existencia de un conjunto de postulados constitutivos de una ideología y un discurso articulados en una unidad coherente y consolidada, y plausibles, por ello, de ser agrupados bajo la etiqueta “ideología o discurso peronista”, no puede negarse, sin embargo, la presencia de ciertas constantes en las expresiones de aquel General –y, mejor dicho, en el imaginario o la ideología que dicho período inauguró², tangibles a través de determinados enunciados y temáticas recurrentes, o bien, a partir de la posición de enunciación que el propio Perón desarrollara en sus discursos. Y aún más, uno podría preguntar ¿dichos símbolos han sufrido término en el ilimitado proceso de encadenamiento que supone la semiosis (Peirce: 1987) o bien, aun contra la dispersión que parece haberlos marcado constitutivamente, son resignificados –una y otra vez- en la actual coyuntura?

En las páginas siguientes, nos proponemos *articular* un campo de discusión que nos permita identificar tentativamente los ecos del discurso peronista en la Argentina post *crisis* de 2001, a través su rastreo en dos enunciadores privilegiados al interior del ámbito de lo que Dominique Wolton (1992) ha denominado el espacio de la comunicación política³, a saber, Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner. Lejos de intentar plantear aquí la problemática

² Llegados a este punto nos gustaría realizar una aclaración. Sabemos que la ideología, el imaginario y los discursos no pueden homologarse, por lo menos de manera a-problemática, bajo la misma categoría de fenómenos, aunque la propia literatura sobre el tema no ha tenido pocas dificultades para distinguirlos. Para ilustrar esta zona gris, resulta simpática la siguiente frase de Emilio de Ipola: “mi propósito era exponer ciertos argumentos que, según la edad del expositor, suelen ser llamados ideológicos, discursivos, imaginarios, simbólicos, etc., aspectos relativos a los orígenes y la naturaleza del peronismo” (conferencia en la Universidad Torcuato Di Tella, 2004). Ahora bien, para salir transitoriamente de dicho atolladero, nos referiremos aquí al discurso, pero partiendo de un enfoque que antes que intentar delimitar topográficamente un área de objetos de la realidad, se pregunte más bien por *una* dimensión de análisis de todo hecho social. Podríamos afirmar nuevamente junto a de Ipola: “aquello que denominamos el campo o dominio de las significaciones no designa una clase de fenómenos empíricamente observables y ‘recortables’; no designa un conjunto de objetos separados y separables de otras clases de objetos empíricos, sino un *nivel de análisis* de cualquier hecho, objeto o fenómeno. [En efecto] *todo* hecho, *todo* objeto *tanto como todo* discurso (lingüístico), puede ser interrogado y analizado como vehículo de determinadas significaciones; puede, en términos más abstractos, ser encarado como una ‘estructura de reenvío’, es decir, como una materia significante” (de Ipola: 1982: 80).

³ “Definimos a la comunicación política como ‘el espacio en que se intercambian los discursos contradictorios de los tres actores que tienen legitimidad para expresarse públicamente sobre política, y que son los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de los sondeos’” (Wolton: 1992: 31).

identificación o no de dichos presidentes bajo la etiqueta, tradición, o el legado que constituye el peronismo, sí nos proponemos, sin embargo, y mucho menos ambiciosamente, indagar acerca del modo en que ciertos elementos que han caracterizado la dimensión, podríamos decir, significativa del fenómeno son rearticulados en los discursos de ambos enunciadores. Para ello, en primer lugar, y bajo el supuesto de la importancia fundamental que posee dicha dimensión para volver inteligible el sentido de los fenómenos políticos⁴, nos dedicaremos a identificar aquellos elementos que diversos estudiosos han señalado como característicos del discurso peronista, centrándonos sobre todo en las dos primeras presidencias de Perón, si bien marcaremos algunos puntos referidos a la etapa del exilio y a su tercer gobierno. Luego, rastreamos de manera exploratoria en las intervenciones de E. Duhalde y N. Kirchner la permanencia, resignificación y rearticulación de dichos significantes, con el objeto de aportar una mirada más al período –y a la disputa simbólica- que creemos inició en nuestro país la no tan explicada como mencionada *crisis* de 2001. Sin más mediaciones y preámbulos, comencemos, entonces.

II. En búsqueda de una tradición

Desde marcos analíticos y perspectivas no necesariamente coincidentes, se han señalado repetidas veces los elementos que resultan específicos al fenómeno que aquí intentamos indagar, reconociendo, en este ejercicio, el lugar privilegiado que tuvo Perón como unificador del movimiento, y el especial status que adquirió su palabra en la definición doctrinaria del mismo. Como diría Carlos Altamirano, “en resumen, desde 1946 Perón no sólo ejerció la dirección política del movimiento, sino que asumió igualmente el monopolio de la definición

⁴ Diversos autores, en marcada oposición con concepciones reduccionistas de los fenómenos discursivos –que se dedican a caracterizar a los mismos como meros reflejos ficticios, de pertinencia secundaria para el análisis-, han hecho hincapié en la importancia de la dimensión significativa a la hora de aprehender los acontecimientos sociales, culturales y políticos. Paradigmáticamente, Eliseo Verón, por un lado, y Ernesto Laclau, por el otro, se han abocado a reivindicar el papel que juegan los entramados discursivos para la propia constitución de los diversos fenómenos. Retomando la tradición de la filosofía analítica y la problematización que la misma ha efectuado respecto del rol del lenguaje y su estrecha imbricación con los entramados sociales, diría Ernesto Laclau, si se nos permite esta extensa pero ilustrativa cita: “Toda configuración social es una configuración *significativa*. Si pateo un objeto esférico en la calle o si pateo una pelota en un partido de fútbol, el hecho físico es el mismo, pero su *significado* es diferente. El objeto es una pelota de fútbol sólo en la medida en que establece un sistema de relaciones con otros objetos, y estas relaciones no están dadas por mera referencia material de los objetos sino que son, por el contrario, socialmente construidas. Este conjunto sistemático de relaciones es lo que llamamos discurso. [Ahora bien], el carácter discursivo de un objeto no implica en absoluto poner su *existencia* en cuestión. El hecho de que una pelota de fútbol sólo es tal en la medida en que está integrada a un sistema de relaciones socialmente construidas no significa que deja de existir como objeto físico. Una piedra existe independientemente de todo sistema de relaciones sociales, pero es, por ejemplo, o bien un proyectil, o bien un objeto de contemplación estética, sólo dentro de una configuración discursiva específica” (2000:114-115).

legítima del peronismo y su doctrina” (2002: 211)⁵. Por su parte, Plotkin: “esta centralidad [en referencia a Perón] estaba dada no solamente por la importancia que adquirió el culto a su personalidad, fomentado e instrumentado desde el estado durante su gobierno, como mito unificador del movimiento y como uno de los elementos definitorios del mismo, sino también por la posición que Perón se asignaba dentro de él” (Plotkin: 2004: 44).

Uno de los primeros acercamientos al universo discursivo del peronismo lo constituye el ya clásico trabajo de Ernesto Laclau *Política e ideología populista* (1978), sobre el cual no pocas voces emergieron delineando un fructífero campo de debate. En dicha exploración, retomando el legado gramsciano y althusseriano –la noción de hegemonía, y la tesis de la constitución de los individuos en sujetos a partir de la interpelación ideológica, respectivamente-⁶, Laclau definió al peronismo como un caso paradigmático de lo que él entendía por populismo, a saber, un momento abstracto de toda ideología, consistente en la articulación de un conjunto de interpelaciones “popular-democráticas” (no clasistas, sino más bien políticas, religiosas, estéticas, etc.) de forma antagónica contra la ideología dominante, de manera tal de contraponer al sujeto “pueblo” frente al “bloque de poder”, esto es, al régimen imperante en un contexto histórico determinado. Así, antes que aludir al peronismo como un movimiento social, una organización, un régimen político o estatal en particular, ligado a un estadio determinado del desarrollo económico-social (como en 1962 había sido afirmado por el estudio pionero de Gino Germani), se trataba de un fenómeno de naturaleza ideológica, plausible de estar presente en una vasta variedad de grupos sociales de distinta filiación de clase, siempre y cuando cada uno de ellos intentara oponerse al bloque de poder hegemónico en una coyuntura específica. Los tipos de populismo dependerían, entonces, de las características de las fuerzas sociales y los proyectos de clase a los cuales el momento de interpelación ideológica populista se inscribiera. Y el peronismo, específicamente, habría surgido como repuesta a la desarticulación del consenso dominante y el mito unificador (Plotkin: 2004) de principios de siglo –esto es, el liberalismo decimonónico-⁷, y la capacidad de articular un conjunto de elementos ideológicos

⁵ Podríamos vincular este punto con las afirmaciones de Silvia Sigal en “Intelectuales y peronismo” respecto del desinterés de Perón en establecer una intelectualidad que le diera sustento ideológico a su doctrina: “es poco seguro que Perón estuviera particularmente interesado en contar con una intelectualidad adicta más allá de su muy evidente voluntad de eliminar voces discordantes” (2002: 513).

⁶ Los argumentos de ambos autores suponían una ruptura radical respecto de las versiones del marxismo ortodoxo, para las cuales la política y la ideología eran epifenómenos, que lejos de poseer un principio de inteligibilidad propia, respondían a realidades económicas y sociales subyacentes. Tanto Antonio Gramsci como Louis Althusser, a su modo, intentaron fundamentar la performatividad de los aspectos simbólicos e ideológicos en los fenómenos sociales, y su rol fundamental en la constitución de los sujetos políticos.

⁷ Conocidas son las características no poco contradictorias que asumía la coexistencia de la República restrictiva y la República abierta durante el primer siglo de vida argentina: instituciones políticas que restringían la participación al tiempo que instituciones económico y sociales que fomentaban la modernización y el progreso;

disímiles y, hasta el momento, dispersos (nacionalismo, autoritarismo, democracia, militarismo, antiimperialismo, etc.)⁸ en torno al símbolo “pueblo”, y contrapuesto antagónicamente al régimen dominante “oligárquico”. De este modo, el peronismo cristalizaría antagónicamente contra el liberalismo propio del período, desarticulando la unidad de este último con la democracia. En este sentido, afirmaba Laclau: “el populismo consistirá, precisamente, en reunir el conjunto de las interpelaciones que expresaban la oposición al bloque de poder oligárquico –democracia, industrialismo, nacionalismo, antiimperialismo-, condensarlas en un nuevo sujeto histórico y desarrollar su potencial antagonismo enfrentándolo con el punto mismo en el que el discurso oligárquico encontraba su principio de articulación: el liberalismo” (1978: 221). Dicha interpelación ideológica, se unía en este caso en particular, agregaba Laclau, a un proyecto clasista en correspondencia con los intereses del capitalismo nacional, y era por ello que no constituía un sujeto social revolucionario.

Ahora bien, uno de los problemas presentes en esta concepción, como lo señalarían numerosos críticos (minuciosamente, de Ipola: 1982), radicaba en su herencia althusseriana: la constitución de los sujetos y las identidades políticas se encontraba mecánicamente ligada a la interpelación ideológica, sin problematizar aquellas situaciones en las cuales ésta era rechazada por los receptores de dichos discursos, negándose a aceptar la identificación sugerida por la apelación. En otras palabras, que la instancia de la producción de los discursos y las significaciones sociales no podía ser homologada sin más a los contextos de reconocimiento de los mismos; antes bien, existe una asimetría constitutiva e inasimilable entre la interpelación, por un lado, y los procesos, múltiples y variados, de la recepción, por el otro, estando ambas instancias limitadas por condiciones sociales e históricas concretas. Afirmaría de Ipola al respecto: “una cosa es elaborar, de manera conciente o no, una determinada estrategia discursiva destinada a incidir eficazmente sobre el campo ideológico-político, y otra, muy distinta, es que dicha estrategia alcance efectivamente los objetivos explícitos o implícitos que propone” (de Ipola: 1982: 119) ¿A qué se debería, por tanto, el éxito de la estrategia de aquel General? La reformulación que hiciera de Ipola de este interrogante sería altamente productiva

visión de la sociedad como orden armonioso e ideológicamente unánime, con un consiguiente desprecio por las divisiones y conflictos espurios introducidos por los partidos políticos; europeísmo y rechazo de las tradiciones populares; etc. Para todo ello, ver (Botana: 1998; Halperín Donghi: 2004 y Plotkin: 2004).

⁸ Diría de Ipola respecto de los argumentos desarrollados por Laclau: “lo nuevo en el peronismo sería su nueva manera de articular lo viejo, esto es, los ‘elementos’ ideológicos heredados, aunque sin ignorar la profunda novedad que conlleva esta articulación” (1989:356). Respecto de la existencia de dichos elementos -preferencia por políticas sociales reformistas, concepciones de un Estado fuerte y corporativista, rechazo al espíritu extranjerizante y fomento a la conciencia nacional, incipiente noción de justicia social; todos ellos tópicos presentes en las dispersas agrupaciones nacionalistas, pero también en ciertos sectores de la propia elite dominante- en el clima de ideas de principios de siglo veinte, ver (Botana: 1998; Lvovich: 2003; Plotkin: 2004).

para reflexionar acerca del discurso peronista, y abandonaría el tono profundamente formal y abstracto que había teñido los análisis del Laclau. Veámoslos, entonces, detenidamente.

Centrándose sobre todo en las dos primeras presidencias⁹, en *Ideología y discurso populista* (1982)¹⁰, el autor dedica extensos párrafos a delinear aquellas características que considera constitutivas del fenómeno peronista en su dimensión discursiva -y que posibilitaron el éxito del mismo-, atendiendo tanto a los contextos sociales e históricos de la producción, como de la circulación y la recepción de las significaciones -y delineando, de este modo, y en términos generales, una teoría más compleja de los discursos sociales¹¹. Basándose en el supuesto de que Perón no sólo rearticuló un conjunto de elementos ideológicos existentes en el clima de ideas de la época, sino que también operó una sensible ruptura con respecto a las modalidades tradicionales del discurso político de ese entonces -recurriendo a nuevos símbolos e interpelaciones, nuevas modalidades de descalificación del discurso opositor, en fin, nuevas tácticas y estrategias para el ejercicio de la lucha ideológica-, de Ipola enumera el conjunto de rasgos que definieron al fenómeno que aquí nos interesa: para comenzar, y en coincidencia con aquello que hemos señalado en el análisis de Laclau -y, como veremos a continuación, mencionarán, asimismo, otros estudiosos (Torre: 1990; Aboy Carlés: 2001)-, el discurso reapropiaba el elemento democrático levantado por la oposición (la Unión *Democrática*), desplazando dicho concepto del plano procedimental (el conjunto de reglas legales que posibilitan a los ciudadanos la libertad política de elegir a sus representantes para los cargos públicos) a un significado ligado a la justicia social, siendo, en definitiva, el significante “democracia” el que estaba en juego, como lo demostró la conocida disputa electoral de 1946. Se denunciaba, de este modo, en un tono polémico, a la “oligarquía” identificándola con los privilegios sociales, en nombre de la real democratización del “pueblo trabajador”¹². No

⁹ El autor escinde dentro de ellas una serie de períodos, para los cuales establece un conjunto de rasgos específicos del discurso peronista, que pueden explicarse por las particularidades del contexto sociopolítico, y la consolidación o no del propio movimiento: el período desde fines de 1943 a mediados de 1945; aquel que va desde fines de 1945 hasta 1951; y la etapa correspondiente a su segunda presidencia (agrega a estas tres, si bien no las analiza, la etapa del exilio y la del retorno, correspondiente a las declaraciones de la tercera presidencia). Por razones de espacio, no discriminaremos aquí entre las mismas, tratando de aprehender los rasgos constitutivos de la discursividad peronista en términos más generales. No obstante, como ya anticipamos, dada la fuerte ruptura que creemos se produce en la etapa del exilio y su última presidencia, mencionaremos algunos argumentos interpretativos al respecto.

¹⁰ Si bien articularemos la exposición fundamentalmente sobre este escrito, tomaremos, asimismo, argumentos desarrollados en otros ensayos o artículos del autor (1987; 1989; 1995).

¹¹ Aunque no es el objeto de las presentes páginas, los sucesivos abordajes que aquí presentamos no sólo suponen una reelaboración respecto de la forma de aprehender el discurso peronista sino que también implican problematizaciones y nuevas conceptualizaciones acerca de una teoría que indague el funcionamiento de los discursos sociales.

¹² Como declaración paradigmática, “soy pues más demócrata que mis adversario porque yo busco una democracia real, mientras que ellos defienden una apariencia de democracia. Yo pretendo que un mejor standard de vida ponga a los trabajadores, aún a los más modestos, a cubierto de las coacciones capitalistas, y ellos

obstante, advierte de Ipola, lo novedoso de dicho desplazamiento (puesto que la noción de justicia social circulaba por el clima de ideas de la época) radicaba en la original modalidad de apelación a las masas, las cuales eran interpeladas a través de términos con fuertes connotaciones populares y anti *status quo*, como por ejemplo, los “descamisados” o los “compañeros” (denominación que era reforzada, a su vez, por la ceremonia ritual por parte de Perón y los miembros de su gobierno, de quitarse la chaqueta en los actos públicos). Estrechamente ligado a este punto, el discurso incorporaba numerosos modismos del habla popular y familiar, mediante vocablos y expresiones coloquiales, metáforas deportivas¹³, refranes y dichos populares, anécdotas, historias de humor, y consignas que adoptaban a veces la forma de consejos casi paternales (se refería a “pibes” en lugar de “niños”, “mi mujer” por “mi esposa”, “jorobar” por “molestar”, “tipos” por “individuos”, y respecto de sus adversarios, “alcahuetes”, “crotos”, “contreras”, etc.). En este sentido era, asimismo, que Perón, por primera vez en la historia de los presidentes argentinos, se dirigía a sus interlocutores a través de un diálogo directo en los actos públicos (como lo manifestó el acto del 17 de octubre de 1945, en el cual el general debió responder –o esquivar, de algún modo- a las preguntas de las masas respecto de su paradero en los días precedentes), aunque, sin embargo, es preciso aclarar, dicho intercambio se estructuraría siempre de manera jerárquica, como lo había demostrado simbólicamente la escena mencionada, en la cual Perón interpelaba a las masas “desde estos mismos balcones”, delimitando una asimetría constitutiva entre él y los sectores populares¹⁴. Volveremos sobre esta conocida escena posteriormente.

Respecto de los contenidos del discurso, a su vez, era importante resaltar el uso de las recurrentes metáforas y referencias organicistas, a través de expresiones como “organismo o

quieren que la miseria del proletariado y su desamparo les permitan continuar sus viejas mañas de compra y usurpación de las libretas de enrolamiento” (citado en Aboy Carlés: 2001: 128). Es en referencia a este punto que Gabriela Delamata (2000) menciona la articulación en el peronismo –al igual que en el yrigoyenismo- del imaginario populista y el de los derechos de la ciudadanía, definiendo mecanismos de integración institucionalizados desde el Estado para los sectores populares, que al tiempo que suponían una ruptura respecto del orden legal previo, buscaban encuadrarlos bajo la instancia jurídica formal de la ciudadanía. De este modo, señalaba la autora respecto de la especificidad del vínculo representativo en los populismos argentinos: “el estar fuertemente atravesado por la noción de derechos. Esto es, por la pretensión de una confirmación pública de las demandas colectivas en los principios de justicia y de derechos, a través de la conquista y la constitución de la ciudadanía política” (2000:19). Este argumento resulta interesante para discutir aquellas perspectivas, ciertamente no menores, que oponen populismo a ciudadanía. Dejamos abierto este debate.

¹³ “En nuestra patria no se debate un problema de libertad o tiranía, democracia o totalitarismo. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la justicia social y la injusticia social” (citado en Torre: 1990: 171).

¹⁴ Si, por un lado, Perón era un “compañero” o un “trabajador” más, no es menos cierto que él era el “primer trabajador”, como demostraba mediante su deseo de fijar en la retina social durante “quince minutos más”, cual espectáculo, el espacio político que se inauguraba simbólicamente aquel 17 de Octubre de 1945 y que posteriormente sería denominado, no inocentemente como lo demuestra de manera minuciosa Mariano Plotkin (1994), el Día de la Lealtad (y no, como había sugerido el Partido Laborista, “Día del Pueblo”). Respecto de esta tesis de asimetría constitutiva, ver (de Ipola: 1995).

cuerpo social”, “lucha por la vida”, “selección natural”, “virus sociales”, “salud o enfermedad”, “metabolismo”, “evolución”, etc. El reenvío de lo social a lo biológico sería un elemento constante de sus intervenciones, y se relacionaba con un elemento poco novedoso en la tradición política del país, marcadamente no pluralista (Halperín Donghi: 2004): la reivindicación permanente por el valor del orden social contra “las ideologías extrañas”, “los políticos profesionales”, “el egoísmo”, “los partidos”¹⁵ y, en fin, “la política” como tal, todos ellos factores potenciales de conflictos que arruinaban la tan deseada armonía de la comunidad¹⁶. En efecto, la “comunidad organizada” representaba en sus enunciados la idea de una sociedad perfecta, intrínsecamente equilibrada, en la cual era menester distribuir los bienes producidos de manera tal que la situación sea aceptable también para los sectores desfavorecidos (borroneando, así, la tentación de los mismos hacia la activación de la peligrosa lucha de clases). La existencia de cualquier tipo de adversario, disidente o simplemente divergente era, en este mismo sentido, descalificada como “ilegítima” por Perón, en tanto minaba esta imagen de consenso –ciertamente ficticia, habida cuenta de la polarización que había introducido el peronismo en la vida argentina- con la cual éste concebía la totalidad social, y el ser nacional y la patria como tal –en efecto, la simbología nacional no escaseaba en las declaraciones del General.

Por tanto, el discurso peronista promocionaba, como vimos mediante la asociación entre democracia y justicia social, el tipo de apelaciones a los sectores populares, el diálogo directo con ellos, y el lenguaje familiar y coloquial, valores ligados a lo popular, enfrentando, en este ejercicio, a la “oligarquía”. Se definía así lo que de Ipola denominaba la dimensión *nacional-popular* del discurso, que marcaba un fuerte antagonismo, más que de orden político, de naturaleza social: el pueblo, los desheredados, los humildes contra los privilegiados, que oprimen y explotan, y que representan, agreguemos aquí, el ser antinacional, foráneo, antipatria (como lo expresaba la conocida dicotomía “Braden o Perón”). Al mismo tiempo, y como era característico de su clima de época, se reivindicaba el papel regulador del Estado, como representante de la soberanía nacional, y como garante último del orden, la paz y la armonía social. Otra dimensión, de este modo, atravesaba los enunciados del General, a saber, la *nacional-estatal*, que propugnaba al Estado como el actor y árbitro bajo el cual debían encuadrarse las demandas populares, la constitución del pueblo como sujeto, y la mentada

¹⁵ Como es harto conocido, de hecho, Perón definía al peronismo como un movimiento, y no un partido político más.

¹⁶ “No me ato a ideologías extrañas”, “la verdad no tiene sistemas ni ideologías particulares”, rechazo los “prejuicios ridículos de una determinada ideología”, se debe “proscribir la lucha artificial debida a ideologías extrañas” (Frasas citadas por de Ipola: 1987: 101).

armonía de la comunidad nacional. Si una reivindicaba un choque antagónico entre sectores sociales, la otra aclamaba una unanimidad esencial para la comunidad¹⁷. Volveremos sobre esta interesante contradicción más adelante, a través de los postulados de Gerardo Aboy Carlés (2001).

Por otra parte, agrega de Ipola, el General constituía una importante ruptura respecto de la forma que adquiría la polémica en sus declaraciones –esto es, la dimensión de denuncia e impugnación antagónica del discurso adversario inherente a todo discurso político-: no se trataba simplemente de oponerse a ciertas posiciones y contenidos planteados por el opositor; antes bien, centraba sus ataques en el carácter no pertinente y no relevante de sus enunciados (lo cual no dejaba de estar relacionado con la descalificación de ese adversario como actor legítimo, como hemos mencionado recientemente), poniendo de manifiesto la modalidad enteramente discursiva de su discurso, es decir, aprehendiéndolo como mera fraseología y palabrería. En efecto, más que denunciar su “falsedad”, se buscaba poner de manifiesto su vacua retoricidad: “Perón descalifica al discurso opositor menos por que lo éste dice que por lo que elude decir, y pone en evidencia esos silencios mostrando aquellos que los disimula: el manejo profesional de un ‘arte de hablar’ cuya única virtud es la grandilocuencia” (de Ipola: 1982: 124). El obstáculo a superar, sin embargo, residía en que el único modo de realizar esta descalificación era, paradójicamente, a través de otros discursos; impugnar, en definitiva, una retórica a través de otra, ocultando y volviendo invisible su propio carácter como tal. Y aquí fue que Perón relevó la superioridad y efectividad de su discurso por sobre aquellos con los cuales disputaba un sentido de los acontecimientos: lejos de aparecer como artificio, sus declaraciones eran recibidas por quienes eran instaurados como destinatarios privilegiados –a saber, los sectores populares- de manera transparente y conforme a lo real, desprovisto de trampas y subterfugios, y a la vez, como inmediatamente verosímil. Es más -y aquí añadiremos un último elemento del discurso peronista desde la perspectiva de este autor, y que retomaremos inmediatamente de la mano de los argumentos de Eliseo Verón y Silvia Sigal-: era la figura de Perón como tal la que hacía axiomáticamente verídica cualquier declaración que emitiera, aun aquellas –y no son pocos los ejemplos- que poseyeran contenidos contradictorios entre sí, bajo el siguiente supuesto incorregible: “si Perón lo dice, entonces es

¹⁷ Halperín Dhongui expresaba este punto del siguiente modo: “en la visión del peronismo (...) el capital no podría nunca llegar a ser una presencia efímera o insignificante, la afirmación de universalidad del primer antagonista, ‘la gran masa del pueblo’, no promete ya un horizonte final de armonía; convoca en cambio a un eterno combate contra un adversario a la vez ilegítimo e indestructible” (2004: 40).

verdad”¹⁸. En efecto, la infalibilidad de la palabra del líder, la verdad a priori de sus declaraciones más allá de los contenidos específicos que articulara funcionaba como una fuerte creencia entre quienes recibieran sus discursos. Por tanto, si de Ipola reconocía como ciertos los postulados de Laclau respecto de la rearticulación del discurso peronista de un conjunto de interpelaciones populares-democráticas opuestas antagónicamente a la ideología dominante; se trataba, sobre todo, de demostrar su eficacia ideológica, atribuible -entre otras razones, aunque estrechamente relacionadas, no necesariamente discursivas, como por ejemplo, políticas públicas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, su liderazgo carismático, etc.- a las nuevas modalidades y estilo con los cuales dicho discurso había dado forma y contenido a esa rearticulación, las cuales, como hemos señalado, englobaban no sólo una dimensión antagónica nacional-popular, de ruptura contra la ideología dominante hasta ese entonces, sino también, y de manera contradictoria con aquella, una dimensión nacional-estatal, fuertemente organicista y conciliadora, en las diversas pronunciaciones del General. Permitámonos una última cita: “es esa concepción organicista (...) la que hace que los antagonismo populares contra la opresión en ella insertos se desvíen perversamente hacia una recomposición del principio nacional-estatal que organiza desde arriba a la comunidad, enalteciendo la semejanza sobre la diferencia, la unanimidad sobre el disenso” (de Ipola: 1989: 28-29). Presentemos, ahora sí, otro abordaje del fenómeno.

Por su parte, desde una perspectiva similar, preocupada por volver inteligibles los discursos en relación con sus condiciones sociales de producción y de reconocimiento, los análisis de Eliseo Verón y Silvia Sigal en su conocido trabajo *Perón o muerte: los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (1986) buscaban identificar aquellos elementos que permiten aludir a la existencia de un “discurso peronista”, a pesar de las fuertes transformaciones acaecidas entre las tres presidencias. En este sentido, si bien consideraban que la continuidad del mismo a lo largo de todo el período no podía darse a nivel de la *ideología*, esto es, determinadas representaciones del mundo, opiniones y contenidos valorativos puestos de manifiesto a través de los discursos (dado que, en referencia a ellos, Perón había demostrado amplias variaciones, pasando, por ejemplo, desde un rechazo radical al comunismo a coquetear con posturas cercanas a Mao y a Fidel), sí se encontraba en su *dimensión ideológica*, entendida esta última como la posición que asumen en los enunciados

¹⁸ Y del cual se derivaron, entre otras causas, todos los conflictos, malentendidos políticos, divisiones y rivalidades que se suscitaron a partir de la ausencia de tal líder absoluto durante el exilio. Para dicho argumento, ver (de Ipola: 1987).

tanto el enunciador (la imagen de quien habla) como el destinatario (la imagen de a quien se habla), y las relaciones entre estas entidades.

De este modo, para comenzar, los autores hacían referencia al *modelo de la llegada* como dispositivo recurrentemente utilizado por Perón en sus intervenciones, consistente en establecer su figura como la de quien llega, desde un exterior (el cuartel, el exilio e, incluso, el exterior abstracto de lo extrapolítico; todos ellos atemporales, ahistóricos, y caracterizados por los valores inmutables de la jerarquía, el orden y la Patria)¹⁹, irrumpiendo en una sociedad civil altamente degradada, fragmentada por los partidos políticos, los conflictos espurios y las ideologías. Las motivaciones de la entrada en la escena política se relacionaban con el servicio, el deber y el cumplimiento de una misión de redención y justicia social que el General tenía para con el pueblo, y que implementaría desde el Estado ¿Qué significaba, entonces, este dispositivo de llegada? En primer lugar, caracterizar al pueblo como un actor pasivo, al cual, antes que solicitarle una acción específica, se le pedía confianza, fe y colaboración (“de casa al trabajo y del trabajo a casa”); el pueblo era, sobre todo, un espectador de la figura de Perón y las obras implementadas por él. En segundo lugar, y como ya hemos mencionado precedentemente, una concepción peyorativa de la política, los partidos y las ideologías, adversarios todos del orden armonioso y del objetivo último del desembarco del líder: la unidad nacional, por sobre las banderías artificiales y las parcialidades de clase. “Peronistas” y “argentinos”, “Movimiento” y “Nación” se confundían no inocentemente en los discursos del General, en los cuales se expulsaba muchas veces al adversario de los límites de la nacionalidad, asignándole el status de la “antipatria”. En este sentido, “la tarea de unificación que debe llevar adelante el soldado-redentor no tiene como objetivo estimular la ‘conciencia de clase’ sino, por el contrario, restituirles su conciencia, perdida, de ser *simplemente argentinos*” (Verón y Sigal: 2004: 49). Los autores entenderían dicho proceso como un “vaciamiento del campo político”, en tanto se negaba la política pluralista y se descalificaba al adversario como oponente pertinente en el campo de disputa partidaria: el otro pertenecía al nivel del error, la falsedad, la irracionalidad, el engaño y el obstáculo, era del orden de lo residual²⁰, frente a la plenitud y trascendencia del colectivo peronista tendencialmente coincidente con la totalidad de los argentinos, “unidos por el gran sentimiento de la nacionalidad” (frase de Perón citada

¹⁹ “Llego del otro extremo del mundo”, “retorno sin rencores ni pasiones”, “llego a vosotros para decirles que no estáis solos en vuestros anhelos de redención social” (frases citadas en Verón y Sigal: 2004).

²⁰ “De alguna manera, para un peronista, hay algo de impensable, de inconcebible, de fatalmente opaco, en la existencia de un no peronista” (Verón y Sigal: 2004: 76).

por Verón y Sigal: 2004: 57).²¹ En tercer lugar, y estrechamente relacionado con los puntos precedentes, una legitimación de la propia intervención de Perón, quien recuperando los valores superiores de la Patria, la Nación, el orden y la jerarquía se convertía en garante último de todas las obras, otorgando carácter de verdad a todas sus pronunciaciones y a la doctrina, y obteniendo así, como nos señalaba de Ipola, la adhesión *per se* a su figura por parte de los destinatarios. Comentarían Verón y Sigal al respecto: “el cambio de nivel que implica el proyecto peronista, esa suerte de ruptura radical con respecto a la historia concreta anterior, que coloca al peronismo en el tiempo de la nacionalidad, es pues inseparable de lo que podemos llamar, en sentido estricto, una hipótesis epistemológica sobre el estatus del discurso de Perón-enunciador: *por la boca de Perón, es la verdad misma que se expresa*” (2004: 61). Y, acentuemos, sólo por su boca, siendo su enunciación intransferible, como lo demostró el período confuso, ambiguo y ciertamente no poco conflictivo del exilio, en el cual los silencios se combinaban con la circulación de enunciados que nunca adquirirían el status de verdad, puesto que, en definitiva, su cuerpo era fundamento último de toda legitimidad.

Por tanto, si en lo que refiere a ciertos contenidos, argumentan estos autores, no puede establecerse una fuerte línea de continuidad durante todo aquel extenso período marcado por el fenómeno peronista (puesto que si algunos postulados se mantenían, como su “tercera posición”, la opción por el orden, las máximas doctrinarias, y aquellos elementos que ya hemos delineado anteriormente; muchos de ellos desaparecían, como por ejemplo, las concepciones militares, las apreciaciones hacia la Iglesia o la noción peyorativa de los políticos durante su última presidencia); eso no ocurre, sin embargo, a nivel de los dispositivos de enunciación, que delimitan una estructura enunciativa invariable: el modelo de la llegada, que planteaba una relación de exterioridad entre Perón y los destinatarios de sus discursos; el vaciamiento del campo político con el consiguiente descentramiento del adversario, expulsado hacia las zonas oscuras de la antipatria; el status de verdad a priori de la palabra de Perón; y el papel pasivo otorgado a los sectores populares. Desarrollemos, ahora, para terminar este apartado, la

²¹ Incluso en su última campaña electoral, donde aparecería el “nosotros, los políticos”, coincidente con una estrategia de acuerdos con otras fuerzas, Verón y Sigal sostienen que persistió el mencionado vaciamiento del campo político, en la medida en que si bien otros políticos no peronistas eran incluidos bajo el colectivo de identificación “los argentinos” con el cual interpelaba Perón (“habíamos establecido que para un justicialista no hay nada mejor que otro justicialista. Pero ahora cambiamos y decimos que para un argentino no debe haber nada mejor que un argentino”, Verón y Sigal: 2004: 93), seguía sin aceptarse la política como arena ideológica reconocida de debate entre adversarios legítimos (“no nos podremos dar el lujo de hacer política”). Perón se convertía ahora más que nunca en representante abstracto de la totalidad de los argentinos, desbordando, incluso, al peronismo. Explicaba Plotkin respecto de ese período: “Si Perón se había ‘desperonizado’ es en parte porque la sociedad se había ‘peronizado’. El papel de Perón como agente aglutinador de tendencias centrifugas, que en su primer gobierno se había aplicado fundamentalmente a su partido, ahora cobraba sentido para toda la sociedad. Perón nunca había estado tan cerca de realizar su viejo proyecto de hacer del peronismo un verdadero movimiento nacional” (2004: 64).

perspectiva de un autor que nos reenviará a la contradicción ya mencionada entre las dos dimensiones constitutivas del discurso peronista.

En *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem* (2001), Gerardo Aboy Carlés retomaba algunas de las especificidades que hemos venido delineando, agregando ciertos elementos que nos posibilitarán profundizar los lineamientos hasta aquí desarrollados: si, como hemos argumentado, una de las dimensiones del discurso peronista alude a la formulación de un fuerte antagonismo entre las masas populares y los privilegiados (paradigmáticamente, la “oligarquía”), a saber, la dimensión nacional-popular, no es menos cierto que la estrategia discursivo-política del General intentó construir, en sus inicios, un destinatario más amplio y complejo que aquel que finalmente resultara por la propia dinámica y debate sociopolítico. Al tiempo que pretendía consolidar su posición en la elite militar, ensayaba gestos hacia el mundo de los negocios, como lo manifestó el famoso discurso del 25 de Agosto de 1944 en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, en el cual exponía, en consonancia con el clima de la época y las propias ideas que defendía el GOU al tomar el gobierno –alerta al peligro “rojo”, unidad espiritual, soberanía nacional, neutralidad ante la guerra mundial en curso, simpatía por regímenes corporativos, entre otras-, al Estado como órgano capaz de controlar y dirigir a las masas, asegurando la tranquilidad del país, y evitando el surgimiento del comunismo (“es necesario saber dar un 30 por ciento a tiempo a perder todo a posteriori”, concluía; citado en Torre: 1990: 92). Fue el fracaso de esta estrategia, no obstante, lo que llevó a Perón, sustentado por el sindicalismo organizado, a radicalizar su posición en su camino hacia la coyuntura electoral de 1946, convirtiéndose en un reformador social, y como ya hemos mencionado, desplazando la bandera democrática de la oposición hacia una concepción social, en denuncia de otra puramente política y formal²². Carlos Altamirano (2002), asimismo, identificaba este proceso de transformación de la discursividad del General como producto de la dinámica sociopolítica y los apoyos obtenidos en aquel período. Porque si, sostenía este autor, los temas con los cuales Perón articulaba en un principio sus declaraciones no diferían de los valores sostenidos por la corriente nacionalista –concepción reguladora del Estado; justicia social como forma de evitar la lucha de clases; noción organicista, equilibrada y ordenada de la totalidad social; fomento a la industria; condena del comunismo; fortalecimiento de la unidad

²² Diría Aboy Carlés: “se apuntaba así a descalificar al adversario a través de un complejo dispositivo: por un lado, se identificaba la democracia con la justicia social, escindiéndola de la libertad política; por otro, se ponía en duda la misma fidelidad de las fuerzas opositoras a la libertad política con la que éstas identificaban la democracia. En definitiva era el significante mismo ‘democracia’ el que estaba en juego en la disputa entre el naciente peronismo y la Unión Democrática” (2001: 128).

nacional (Lvovich: 2003)-, los cuales no necesariamente se oponían de manera directa a los intereses de la clase empresarial (sobre todo, teniendo en cuenta la situación económica mundial); habían sido los vaivenes y las alternativas de la lucha por el poder las que precipitaron la llegada de la “Revolución Social”. En este sentido, señalaría Altamirano, “un nacionalismo de masas, popular, afín con el carácter de la fuerza política naciente, tomó la primacía sobre cualquier otra variante del pensamiento nacionalista” (2002: 224).

El punto que nos interesa destacar aquí es que Perón había nacido con una doble impronta, que si bien no le permitió conformar un destinatario tan amplio como probablemente hubiese querido –por lo menos, en sus inicios; es sabido que la situación se complicaría unos años más tarde-, sí marcaría dos ejes que atravesarían constitutivamente y de manera contradictoria su discurso, y por supuesto, al colectivo identitario mediante éste interpelado: por un lado, era funcionario clave del gobierno militar de junio, representante, en este sentido, podríamos decir, de un moderno partido del orden, que buscaba la unidad nacional y la eliminación de los conflictos mediante la intervención conciliadora del Estado en búsqueda de una comunidad armoniosa y equilibrada –y era de este modo que intentaba cooptar a los diversos poderes fácticos-; por el otro, producto de la propia dinámica política, se convertiría en abanderado social, defendiendo los intereses de los excluidos por sobre los privilegios de la “oligarquía” y las fuerzas del “imperialismo”, y delimitando una fuerte frontera antagónica al interior de la sociedad argentina. Ambas se encontraban, a su vez, cruzadas por el eje nacional (que era deudor del pensamiento nacionalista de Perón y que, incluso, había sido profundizado como consecuencia de la disputa con el, en ese entonces, nuevo embajador de los Estados Unidos designado en Mayo de 1945, Spruille Braden); en la primera, se trataba de la Nación orgánica, de la identidad nacional como principio de sutura del espacio comunitario (“nosotros deseamos que, en esta tierra, no haya más que argentinos unidos por el gran sentimiento de la nacionalidad”; citado en Verón y Sigal: 2004: 57); en la segunda, como principio de escisión y confrontación entre “patria” y “antipatria” (“podrá quedar tal vez en nuestra tierra, algún explotador del trabajo humano que no pueda concebir una Nación Argentina socialmente justa”; citado en Verón y Sigal: 2004: 75). Como hemos denominado anteriormente, la dimensión nacional-estatal, y la dimensión nacional-popular poblaban pendularmente los discursos del General. La propia noción polisémica de “justicia social” –como ha estado hasta aquí sugerido- funcionaba, en realidad, en los dos sentidos: como forma de reemplazar la lucha de clases por un régimen armonioso, es decir como llamado a la conciliación social (“es un grave error creer que el sindicalismo es un perjuicio para el patrón. Por el contrario, es la forma de evitar que el patrón tenga que luchar con sus obreros en forma directa”; citado en Torre:

1990: 91); como forma de marcar un fuerte enfrentamiento entre sectores sociales, dicotomizando el espacio político (“lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la justicia social y la injusticia social”). Que hayan convivido ambos ejes lo testifica el intento, con consecuencias catastróficas, ensayado por la Juventud Peronista hacia los años setenta de anclar al peronismo en sólo una de las dos dimensiones (se trataba, para ellos, de la “patria socialista”)²³, al tiempo que otros sectores veían en el retorno de Perón la posibilidad de recomposición del orden y la autoridad estatal.

Ahora bien, la presencia de esta ambigüedad constitutiva en el discurso inauguraba un ejercicio dual, consistente en la alternativa exclusión/inclusión del campo adversario dentro del colectivo peronista, y que minaba la propia estabilidad de la identidad. En otras palabras, si la dimensión nacional-popular tendía a delimitar una fuerte alteridad social (paradigmáticamente, “oligarcas”), la cual, como sostenían Verón y Sigal, era trasladada al campo del error, la falsedad y la impertinencia; en cambio, la dimensión nacional-estatal, persiguiendo la construcción de una comunidad armoniosa, equilibrada y ordenada, redimía a todos los enemigos de ayer y de hoy, e intentaba demarcar un principio de conciliación para la totalidad social²⁴. De algún modo, como lo hemos mencionado junto a Halperín Donghi, la no muy añeja tradición política argentina nacía nuevamente en Perón: la negación de la política pluralista; la concepción ilegítima del adversario frente a la “verdadera” expresión de la nacionalidad, hasta entonces negada; la voluntad por instituir, en fin, una comunidad armoniosa y plena.²⁵ Y se trataba, agreguemos un elemento más, de lo que Aboy Carlés

²³ En consonancia, claro está, con los coqueteos de Perón con una perspectiva “latinoamericanista” de izquierda, como lo manifestara en su obra *Latinoamérica, ahora o nunca*, aparecida en 1968, en la cual escribía a los “compañeros de la juventud”: “tenemos una juventud maravillosa, que todos los días está dando muestras de su capacidad y su grandeza”, escribía el General (citado en Aboy Carlés: 2001: 157). Afirmaría Plotkin: “a partir de la década del 60 y principios de los 70 esta visión se completó con otra derivada del acercamiento al peronismo de sectores de la juventud fundamentalmente perteneciente a la clase media radicalizada, que vieron en el peronismo una salida revolucionaria. Perón, lejos de desalentar estas lecturas de su ‘doctrina’, las incentivó” (2004: 53). No obstante, como lo demostró públicamente el 1º de Mayo de 1973, la existencia del peronismo tenía como condición el equilibrio precario entre los dos principios contradictorios que habían marcado su origen; péndulo que, sin embargo, no tardaría en unilateralizarse hacia la búsqueda del orden...

²⁴ Este movimiento de construcción de una comunidad sin fisuras, y la voluntad por parte de Perón de representarla en su totalidad, sería caracterizado por Aboy Carlés con el término *hegemonismo*. No haremos mayor mención en estas páginas, puesto que remite a una discusión particular sobre la conformación de las identidades políticas que el autor establece con Ernesto Laclau y su concepción de *hegemonía*: “mientras que la noción de hegemonía nos remite a la lógica de constitución de cualquier espacio de solidaridades políticas a través de la universalización de un particular que representa un espacio más vasto, el hegemonismo es un tipo particular de articulación hegemónica que pretende la clausura de cualquier espacio de diferencias políticas al interior de la comunidad”. Dicha distinción, si bien resulta interesante y altamente productiva, excede los objetivos del presente trabajo; por lo demás, la repetida referencia en los discursos de Perón a una comunidad armoniosa ya ha sido aquí extensamente explicada.

²⁵ Sin embargo, aclaremos aquí, a riesgo de volver demasiado confuso el análisis, más allá de esta estrategia discursiva, Perón ganaría dos tipos de oponentes a lo largo de la historia: en cuanto partidario del orden, el General demarcaría una y otra vez su acción disciplinadora para con las fuerzas de izquierda, oponiendo la

denominaría como un fuerte *fundacionalismo*, dado los recurrentes intentos por instituir abruptas fronteras temporales respecto de un pasado todavía amenazante que era demonizado y considerado oprobioso, por contraposición a la nueva y radicalmente superior Argentina²⁶ que se deseaba, en dicha actualidad, tanto implantar como representar. Diría el autor al respecto de esta regeneración: “los movimientos populistas emergen como abruptas fronteras respecto de un pasado repudiado y con la pretensión de encarnar la representación hegemónica de la sociedad frente a un adversario considerado tan ilegítimo como irrepresentativo” (Aboy Carlés: 2005: 134) ¿Qué es lo que había definido, entonces, para este autor, la especificidad del discurso peronista? No tanto las metáforas organicistas o la negación del pluralismo, presentes en diversas experiencias políticas; antes bien, lo característico de nuestro objeto residía en este complejo ejercicio de alternativa exclusión/inclusión del campo adversario dentro del colectivo identitario, así como la pretensión de representar una sociedad sin fisuras, al tiempo que su insistencia (re)fundacional.

Hemos delineado extensamente, por tanto, aquellas características que consideramos, desde distintos abordajes, como elementos constitutivos del discurso y la ideología peronista. Rearticulación de un conjunto de interpelaciones dispersas en el universo ideológico de dicho período bajo el signifiante “pueblo” y contra el “bloque de poder” dominante; metáforas organicistas; concepciones de la totalidad social como comunidad transparente y conciliada consigo misma, y en estrecha relación con ello, negación de la política pluralista y reivindicación del actor estatal; nuevos estilos y formas coloquiales de apelar y dirigirse a los sectores populares; dispositivos hasta el momento desconocidos de descalificación del discurso oponente, que suponían no sólo la desautorización de sus contenidos, sino del status de legitimidad del adversario como tal; estructuración, a nivel de la posición de enunciación, del modelo de la llegada; presencia de una dimensión nacional-popular al tiempo que de una nacional-estatal; mecanismos de alternativa exclusión/inclusión del adversario respecto del colectivo identitario, el cual, debido a ello, resultaba constitutivamente redefinido de manera precaria; en fin, fuerte fundacionalismo, que buscaba recuperar la “verdadera” nacionalidad. Muchas de ellas resultaban herederas del clima de época que posibilitó el surgimiento de Perón

justicia social a la lucha de clases; en tanto reformador social, como hemos señalado, aparecería un enemigo encarnado en diversos poderes fácticos.

²⁶Victor Armony (2002), desde otra perspectiva, ha señalado la importancia del mito de la grandeza de la patria no sólo en el discurso peronista sino en la construcción del discurso político argentino, y cómo los distintos líderes políticos se reclamaron, sucesivamente, el rol mesiánico de salvadores del país. Particularmente en relación al peronismo: “Ainsi, on remarque l’ importante du thème de ‘la grandeur de la patrie’ dans le discours de Perón, notamment lorsqu’ il évoquait le jour où «l’ Argentine commencera une ascension qui ne s’ arrêtera pas avant que la Grande Argentine dont nous rêvons tous soit devenue une réalité » (...) La prégnance de l’ orgueil national constituait un facteur essentiel” (Armony: 2002: 59).

en la escena política. Otras, por el contrario, habían nacido con él, y marcarían a fuego la forma que adoptaría el discurso político argentino. Nos gustaría, sin embargo, retomar aquí la tesis sostenida por Carlos Altamirano en “Ideologías políticas y debate cívico” (2002). Si era indudable que el peronismo había constituido una ruptura en términos sociales y políticos, no sería menos cierta su disrupción en el orden ideológico de la historia argentina: a pesar de haber reapropiado elementos ya presentes más o menos fuertemente en el imaginario nacionalista, la radical novedad del peronismo había sido su capacidad para otorgar a dichos contenidos una audiencia antes desconocida, provocando la cristalización de los mismos en una cultura popular duradera o, como admitiría al final de su ensayo -y como ha estado sobrevolando espectralmente estas páginas-, una nueva identidad política argentina. Este era el verdadero *plus* y que, creemos aquí, nunca habría podido explicarse a partir de un tranquilizador ejercicio causal que dedujera, de manera mecánica y racional, la existencia del peronismo como producto unívoco y previsible de determinadas características, como lo demostró, por su parte, el insistente señalamiento de transitoriedad con el cual las diversas fuerzas políticas de la época se esforzaban por aprehender al peronismo (Altamirano: 2002). Por lo demás, permitámonos, ahora sí para concluir, la siguiente cita: “el sentido real de un acontecimiento trasciende siempre las ‘causas’ pasadas que podamos asignarle (...); aún más: el pasado sólo comienza a existir en virtud del acontecimiento mismo. Sólo cuando algo irrevocable ha sucedido podemos intentar rastrear su historia. El acontecimiento ilumina su propio pasado, no puede nunca ser deducido de él” (Arendt: 1995: 46).

III. Resignificando el péndulo

“Esta gestión que hoy mismo comienza su tarea se propone lograr pocos objetivos básicos: primero, reconstruir la autoridad política e institucional de la Argentina; segundo, garantizar la paz en la Argentina; tercero, sentar las bases para el cambio del modelo económico y social” (Palabras de E. Duhalde ante la Asamblea Legislativa, 01/01/02).

A riesgo de ser poco rigurosos respecto de los procesos históricos y sus implicancias, trasladémosnos, ahora sin más, al período que se inició luego de la *crisis* de 2001, con el objeto de indagar los ecos de las características que hemos señalado como constitutivas del discurso peronista en dos enunciadores privilegiados de la comunicación política contemporánea²⁷, contribuyendo a identificar, de este modo, la sedimentación que dichos elementos han sufrido a

²⁷Para ello, construimos un corpus con la totalidad de las declaraciones de E. Duhalde durante su gestión presidencial, al tiempo que nos remitimos a los discursos emitidos por N. Kirchner durante su primer año de gobierno. Los desplazamientos y novedades que este último enunciador introdujo posteriormente quedarán fuera del análisis.

lo largo del proceso ciertamente complejo de construcción del imaginario político en la Argentina.

Las circunstancias bajo las cuales aquel candidato, que unos años antes no había podido acceder a la presidencia de la Nación vía comicios nacionales, asumió el primero de enero de 2002 un gobierno de transición con el apoyo de una amplia mayoría legislativa no resultan poco conocidas –breve y torpemente, los sucesivos recambios presidenciales, la declaración del default, el prácticamente quiebre del sistema bancario, las incesantes movilizaciones callejeras y una treintena de muertos, entre otras-, posibilitando adentrarnos de lleno en la búsqueda de los elementos que hemos venido señalando respecto del discurso peronista. Para comenzar, el primer punto que identificaremos refiere al principio de inteligibilidad con el cual este enunciador interpretaba dicha coyuntura crítica, y la consiguiente *posición de enunciación* (como ya hemos mencionado, Verón: 1987; 2004) que él mismo construía a partir de este ejercicio: “caos”, “anarquía”, “guerra civil”, “tragedia”, “crisis más profunda de la historia” eran significantes mediante los cuales Duhalde aludía al pasado inmediato, describiéndolo no sólo como una crisis económica, política y social, sino también como una crisis estructural, y en este sentido, cultural, ética e incluso moral (entre numerosos ejemplos más, “el país parecía ir inexorablemente al caos en medio de un derrumbe ético nunca conocido” afirmaba el 09/07/02; o bien, “circunstancias verdaderamente críticas, con un país quebrado y al filo de la anarquía”, señalaba el 01/03/02). A partir de este diagnóstico, él asumía la figura capaz de encarnar, con autoridad y *decisión*, esto es, con voluntad, la resolución institucional y pacificación de una situación de desorden -si se nos permite, aparentemente hobbesiano.²⁸ Ahora bien, para realizar este objetivo, Duhalde se presentaba a sí mismo no sólo circunstancialmente despojado de insignias partidarias; se manifestaba, a su vez, desprovisto de planes políticos a futuro –es en este sentido que anunciaba repetidamente su renuncia a próximas candidaturas presidenciales-, planteando, de este modo, el ejercicio de una responsabilidad trascendente respecto de sus intereses particulares como miembro de la *clase* política. Por el contrario, era el interés nacional –la reconstrucción del orden y la paz en la totalidad del cuerpo social- el que venía a *representar*, proponiendo la unificación de los

²⁸ “Asumir un gobierno de convergencia en circunstancias verdaderamente críticas, con un país quebrado y al filo de la anarquía (...) Reconstruir el poder político e institucional de la nación (...) Necesitamos sin grandilocuencia pero con decisión fundar una nueva república edificando una nueva institucionalidad” (Discurso en la apertura de sesiones ordinarias del Congreso de la Nación, 01/03/02). “Los mecanismos previstos por la Constitución me confirieron el alto honor de designarme para ejercer el gobierno de la Nación cuando el país parecía ir inexorablemente al caos en medio de un derrumbe ético nunca conocido. Mi objetivo de entonces era el mismo que hoy: pacificar una sociedad que había elegido la violencia como salida” (Palabras en el Acto del Aniversario de la Declaración de la Independencia, 09/07/02).

diversos actores de la coyuntura, vía el abandono de las insignias partidarias por parte de los mismos²⁹.

Aquí es cuando los ecos de aquello que resultaba intrínseco al discurso peronista comienzan a resonar en las intervenciones de Duhalde. En primer lugar, una acepción negativa del sistema político partidario, que es identificado con las disputas e intereses particularistas – concepción que, sin embargo, como hemos señalado precedentemente, atraviesa toda la tradición política argentina-: los significantes *partidos políticos*, *banderías políticas*, *políticos* y *política* aparecen ubicados en el polo negativo del mapa semántico; por el contrario, *nación*, *unión nacional* y *solidaridad* asumen una acepción positiva en dicho desplazamiento. En segundo lugar, y estrechamente ligado, una posición de enunciación exterior al sistema partidario, en un intento no demasiado efectivo –puesto que, en definitiva, él mismo había formado parte de dicho pasado no tan lejano del cual ahora se intentaba diferenciar- por recrear el modelo de la llegada señalado por Verón y Sigal. En tercer lugar, lo que hemos mencionado como la dimensión nacional-estatal del péndulo peronista, consistente en concebir a la Nación como principio de sutura del espacio comunitario y al Estado como árbitro al interior del mismo, subvirtiendo de este modo los antagonismos y divisiones espurias: en efecto, como lo confirman numerosas intervenciones de nuestro enunciador, se despliega un discurso hobbesiano de resolución del caos, en el cual Duhalde, apelando a la unión nacional, era el único actor capaz de dar solución a aquella situación caótica, enmarcada por interminables –y sobre todo, no pertinentes- disputas partidarias.

Ahora bien, continuemos con el análisis. La semantización del pasado inmediato bajo la forma de una situación de desorden caótico supuso, asimismo, la identificación de aquello que había originado dicha coyuntura, introduciendo de este modo un adversario al interior de la discursividad de nuestro enunciador, figura que posibilitará la construcción relacional de su propia identidad (entre otros más, Schmitt: 2001; Laclau: 2004; Aboy Carlés: 2001). En este sentido, por un lado, se establecía un límite temporal con respecto a un pasado identificado con un patrón económico, “financiero” y “rentístico”, de “concentración”, “empobrecimiento” y “exclusión social”.³⁰ Dicho pasado, muchas veces mencionado vaga y difusamente como “el

²⁹ “Son horas de esperanza porque estamos asistiendo a una experiencia inédita en nuestra vida política, que es la formación de un gobierno de unidad nacional construido por sobre las banderías políticas y los intereses partidarios (...) un proyecto nacional que incluya a los argentinos sin excepción (...) no es momento de cánticos ni de marchas partidarias. Es la hora del himno nacional (...) Lo que ningún pueblo tolera es el caos, la anarquía” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 01/01/02). “Tenemos que empujar todos para el mismo lado que es el lado de la Patria, que es lo que nos convoca a todos, sin egoísmos, sin especulaciones y entendiendo que es una época de renunciamentos” (Palabras en ceremonia de ex combatientes de Malvinas 15/07/02).

³⁰ “Quiero decirles que quiero dejar atrás esa Argentina financiera, especulativa, rentística, donde los únicos que ganaban eran los financistas, los banqueros” (Mensaje al país, 08/02/02).

modelo”³¹ –obviando, mediante esta operación discursiva, una caracterización más específica del mismo-, se planteaba como la alteridad frente a la cual su gobierno se debía diferenciar: “patria financiera”, “modelo económico perverso, rentístico, especulativo y usurero”, “modelo de concentración económica”, “modelo economicista” eran otros de los tantos significantes con los cuales nuestro enunciador desarrollaba su diagnóstico. Sin embargo, no sólo se excluía un modelo, sistema o estado de cosas correspondientes a un pasado inmediato: eran, asimismo, actores específicos³², presentes incluso en la coyuntura política del período, los que amenazaban aquello Duhalde buscaba implantar, a saber, un proyecto *nacional* basado en la “producción, la reindustrialización, el mercado interno y el trabajo”, que subvirtiera la exclusión, vía promoción de “integración y equidad social”.³³ Es por ello que, para sustentar este proyecto de integración social, nuestro enunciador proponía el reemplazo de aquella alianza que él denunciaba había sido establecida precedentemente entre el sector político y el financiero por una alianza del gobierno con los representantes de la producción, en defensa de un interés que resultaba *intrínsecamente nacional*, realizando, en definitiva, de este modo, un desplazamiento por el cual los intereses de la Nación y la Patria eran identificados con el sector –particular, por supuesto- del trabajo y la producción.

Varios puntos para señalar aquí, que vuelven sobre las características del discurso peronista, al tiempo que discuten respecto del imaginario político naturalizado durante la década previa. Por un lado, no es difícil vislumbrar ecos de la dimensión nacional-popular que

³¹ “La Argentina está quebrada. Este modelo en su agonía arrasó con todo. La propia esencia de este modelo perverso terminó con la Convertibilidad, arrojó a la indigencia a dos millones de compatriotas, destruyó la clase media argentina, quebró nuestras industrias y pulverizó el trabajo de los argentinos” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 01/01/02). “Modelo económico de exclusión social que ha producido estragos en casi todos los sectores de la sociedad y que se ha enseñado particularmente con la familia argentina” (Mensaje al país, 03/04/02). Es interesante, en este sentido, observar las respuestas que desde el periódico *La Nación* se presentan frente a dicha operación discursiva: “En la Argentina no ha fallado un sistema o un “modelo” económico-financiero. Han fallado las conductas políticas que no han atendido otra lógica que la de los intereses más bajos antes que el bien común. Y cuando ésa es la falla, no hay sistema o “modelo” capaz de dar resultado” (editorial de *La Nación*, 20/02/02).

³² “Deben entender también los economistas y políticos argentinos que las políticas de ajustes estructurales que llevaron a la Argentina a este estado de miseria tienen que acabar para siempre” (Palabras en el Hospital San Bernardino de Siena, 14/02/03). “Vengo a decirles que debemos terminar décadas en la Argentina de una alianza que perjudicó al país, que es la alianza del poder político con el poder financiero y no con el productivo. El poder financiero, las finanzas, son imprescindibles para un país -imprescindibles- pero ubicadas en el lugar que corresponden. Por eso vengo a decirles que esa alianza es la que tenemos que terminar a partir de hoy en la Argentina” (Palabras ante empresarios reunidos en la residencia de Olivos, 04/01/2002).

³³ “Garantizar la paz social significa recuperar el crecimiento de la economía, promover la transformación productiva con equidad y propiciar un modelo sustentable fundado en la producción y el trabajo” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 01/01/02). “Sentar las bases de un nuevo proyecto nacional, fundado en la producción y el trabajo (...) hay una sola garantía para la paz: la justicia social” (Discurso en la apertura del período ordinario de sesiones del Honorable Congreso de la Nación, 01/03/02). “Proyecto de nación claro que no puede ser otro que el trabajo, la producción (...) toda decisión que se tome, destinada a lo mismo: a la defensa irrestricta de los intereses argentinos, de los intereses nacionales (Palabras en el acto de inauguración de la zona franca Puerto Iguazú, 15/03/02).

señalábamos oportunamente en los desplazamientos de Perón, en la medida en que la Nación aparece ligada a un interés específico –la producción y el trabajo-, demarcando un principio de escisión al interior de la comunidad política entre dos proyectos políticos antagónicos, y subvirtiendo así la concepción armoniosa de la totalidad social, presente en la dimensión nacional-estatal del discurso que hemos mencionado previamente –claro que, en consonancia con las propias transformaciones histórico-políticas acaecidas a lo largo del siglo, se desdibujan aquí las apelaciones explícitas al “pueblo”, que resultaban constitutivas de aquella matriz. De esta forma, aparece también algo novedoso respecto de lo que varios autores han señalado como la desarticulación del antagonismo social propio del discurso peronista durante la década del noventa. En efecto, Paula Canelo (2004) analizó la desaparición del adversario social, dentro de un discurso que obviaba la identificación de actores responsables por las consecuencias sociales regresivas de las políticas económicas desarrolladas durante los noventa, al tiempo que Aboy Carlés (2001) ha explicitado cómo la identidad menemista desarticuló la dimensión nacional-popular propia del imaginario peronista, privilegiando, ante una demonización de la crisis hiperinflacionaria, la dimensión nacional-estatal de orden.³⁴ Frente a ello, la apuesta efectuada por Duhalde, hemos visto, reconstruía la dimensión de antagonismo diluida durante la década precedente, reinstalando un adversario social –el sector financiero-, frente a la cual nuestro enunciador oponía otro proyecto y otro, en definitiva, interés particular; en suma, un principio antagónico al interior del campo político. Asimismo, el rol de Estado presente en las intervenciones se contraponía radicalmente a años de desprestigio que dicho actor había tenido en la escena política local. En efecto, durante la década del noventa, el imaginario político que había sostenido la implementación de una serie de políticas dictadas por el Consenso de Washington consistió en una serie de articulaciones que adoptaban una acepción peyorativa del espacio estatal (Beltrán: 1999; Armony: 2005).³⁵ Por el contrario, nuestro enunciador asumía una concepción positiva del Estado, convirtiéndolo en un actor central a la hora de implementar el desarrollo de su proyecto nacional: el Estado no

³⁴ Cabe aclarar que si bien estos autores poseen planteos similares en relación a la disolución del antagonismo social que signaba el peronismo, difieren acerca de la noción de *vaciamiento del campo político*, utilizada por Eliseo Verón y Silvia Sigal para dar cuenta de la estrategia discursiva del discurso peronista. Por ella, Verón y Sigal hacían referencia a la operación de descalificación del adversario político identificado como no pertinente frente a los intereses de la Nación en su totalidad. Paula Canelo adopta dicha terminología para hacer referencia a la descalificación que efectúa Menem del adversario político; por el contrario, Aboy Carlés descarta dicho concepto –tanto para el peronismo como para el menemismo-, puesto que todo discurso y toda identidad política suponen una dimensión de alteridad al interior del campo político, resultando peligroso hablar en términos de un *vaciamiento* del mismo.

³⁵ Dichas articulaciones identificaban como causa última de la crisis inflacionaria el crónico déficit fiscal, producto, a su vez, de un elevado gasto público. La solución consistía, casi *naturalmente*, para dicho imaginario, en la reducción del aparato estatal, vía, por ejemplo, de la privatización de dicho espacio. *Modernización y eficiencia* se oponían semánticamente a la *ineficacia estatal*.

sólo, como hemos visto, debía pacificar aquella situación de desorden hobbesiano que signaba ese pasado inmediato –vía decisión y voluntad-; debía, asimismo, promover el empleo, la industria, la producción, y asumir, en definitiva, la recomposición social.³⁶

Por tanto, el proceso de semantización de la coyuntura inmediata al tiempo que de la década pasada, junto con el establecimiento de una alteridad constitutiva de la propia identidad política y, estrechamente ligado a ello, la propuesta de un proyecto de *modelo* particular, desembocaban, no sin tensiones³⁷, en un desplazamiento pendular que, como hemos señalado precedentemente, guardaba memoria respecto de las dos dimensiones señaladas para el discurso peronista: ora *Nación* se asocia al interés de la totalidad social, en un intento por suturar y cerrar el campo de conflictividades; ora *Nación* se vincula a determinado interés particular, escindiendo mediante el antagonismo el campo político. Como hemos señalado junto a Aboy Carlés para el discurso peronista, aquí también el adversario social es incluido y excluido alternativamente de los límites del colectivo que Duhalde intenta demarcar. Veamos ahora qué ocurre con el discurso de su sucesor en la gestión presidencial.

IV. Sobre todo, hacia lo nacional-popular

“Queremos recuperar los valores de la solidaridad y la justicia social que nos permitan cambiar nuestra realidad actual para avanzar hacia la construcción de una sociedad más equilibrada, más madura, más justa”
(Palabras de N. Kichner ante la Asamblea Legislativa, 15/05/03).

Luego de asumir la gestión presidencial con una débil legitimidad político-institucional, puesto que había sido elegido con un bajo porcentaje (22, 24%), y en un contexto marcado por los sucesos de Puente Pueyrredón³⁸, Néstor Kirchner, sin embargo, lograría rápidamente construir altos índices de popularidad (Cheresky: 2004). Veamos, a continuación, los

³⁶ “El Estado tiene que proteger a los sectores débiles en todo lo que pueda y debe tomar medidas muchas veces contra sectores muy cercanos al poder económico” (Palabras en la Universidad Nacional Tres de Febrero, 19/03/02). “Debemos ser capaces de elaborar una identidad productiva propia y redefinir la relación entre el mercado, el Estado y la sociedad civil, a partir de las instituciones, la productividad y los valores culturales” (Discurso en la apertura del periodo ordinario de sesiones del Honorable Congreso de la Nación, 01/03/02).

³⁷ Como ya hemos trabajado en otro lugar (Slipak: 2006), no sólo ésta sino que varias tensiones pueblan el discurso de Duhalde. Entre otras, la concepción de la política presente en sus discursos, que pendula entre una acepción peyorativa, consistente en la representación de intereses particulares y, en este sentido, responsable por conflictividades espurias, y, por otro lado, una acepción positiva, en tanto resulta reivindicada como única actividad capaz de reformar la sociedad e implantar un nuevo proyecto nacional.

³⁸ El 26 de Junio de 2002 fuerzas policiales efectuaron una represión del intento de corte del Puente Pueyrredón - ubicado en la localidad de Avellaneda- por parte de un conjunto movimientos sociales (Movimientos de Trabajadores Desocupados agrupados en la Coordinadora de trabajadores Desocupados Anibal Verón). Como resultado de este accionar, se produjeron dos muertes y centenares de heridos. Dichos acontecimientos coadyuvarían a una anticipada salida de E. Duhalde, y como demostraremos a continuación, delimitarían un importante punto de diferenciación en la posición asumida por el presidente entrante respecto de la discursividad construida por su predecesor.

desplazamientos discursivos del mismo, rastreando la resignificación del discurso peronista, y las distinciones y coincidencias respecto de las intervenciones de E. Duhalde.

En primer lugar, respecto de la *crisis* de 2001, Kirchner realizó una semantización particular, que le permitió trazar una radical frontera frente a un pasado no sólo inmediato sino también de mediano plazo, proponiendo un principio de lectura del mismo que aunara bajo una única línea de continuidad el período 1976-2001, descrito como un “modelo de cuño neoliberal” –y, en este sentido, “antinacional”, “especulativo” y “cortoplacista”– causante de una serie de consecuencias inaceptables para la sociedad, la economía, el Estado y la política –desindustrialización, debilitamiento estatal, fragmentación social, entre otras (Slipak: 2006).³⁹ “Corrupción”, “especulación”, “endeudamiento”, “desindustrialización”, “exclusión” y “concentración” aparecían recurrentemente como significantes que aludían a las características constitutivas de la matriz de este pasado con el cual, vía su demonización⁴⁰, podríamos decir, se intentaba polemizar, al tiempo que la *crisis*, de este modo, era planteada como consecuencia de aquel paradigma de política sostenido durante todos esos años. Ahora bien, este desplazamiento discursivo por el cual se proponía un principio de inteligibilidad de las décadas pasadas suponía una serie de operaciones, a saber: por un lado, una particular lectura retrospectiva de los sucesos de 2001 que, lejos de *articular* unívocamente el hartazgo respecto del “modelo neoliberal” expresaban un conjunto heteróclito de demandas (reacciones por el agotamiento de un paradigma de política con el cual muchos sectores habían tenido bienestar económico y social, al tiempo que reclamamos de otros sectores contra ese “modelo”; críticas radicales a la *clase* política y a la política *in toto*, como así también impugnaciones a una determinada dirigencia; etc.); por otro lado, una parasitación de las fronteras establecidas por Alfonsín respecto del gobierno dictatorial –a saber, aquellas con las cuales este último se había diferenciado de dicho pasado, enfatizando el carácter democrático de su gestión así como su predisposición al pluralismo partidario (Aboy Carlés: 2005)–, obviando, de esta forma, que tanto la defensa de los derechos humanos como la reivindicación de la pluralidad formaban

³⁹ “Dejar atrás esa vieja Argentina que hasta hace muy poco tiempo martirizó a todos los argentinos en el marco de la conducción y el proyecto político que tuvo este país lamentablemente de manera fundamental en la última década del `90, pero que se inició en marzo de 1976 hasta la explosión de 2001” (Palabras en la localidad de Jáuregui, 21/08/03). “Con distintos nombres, estatización de la deuda, Plan Brady, blindaje, megacanje, se transitó un camino que sostenían era la única vía. Después sí vimos que era un camino de única vía, única vía a la pobreza, a la destrucción del patrimonio nacional, a la paralización de la industria nacional; única vía hacia el default, única vía hacia la exclusión, única vía hacia el oprobio y la vergüenza nacional (...) Vivimos el final de un ciclo, estamos poniendo fin a un ciclo que iniciado en 1976 hizo explosión arrastrándonos al subsuelo en el 2001” (Palabras en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 02/09/03).

⁴⁰ “Creo que estamos haciendo un gran esfuerzo los argentinos por tratar de reconstruir esta Argentina que viene de las ruinas mismas, estamos en el infierno mismo tratando de escalar la salida hacia un futuro distinto” (Palabras en la ciudad de Quilmes, provincia de Buenos Aires, 04/03/04).

parte del imaginario político desde la Argentina de transición. En referencia a este último punto es que pueden leerse las equivalencias deslizadas por Kirchner entre las violaciones de derechos humanos durante el gobierno militar y las políticas económicas regresivas implementadas por las administraciones subsiguientes (“genocidas” y “corruptos” eran aprehendidos bajo una misma línea de continuidad)⁴¹, frente a las cuales se contraponía la reivindicación por las “verdades relativas”, “la diversidad” y “la pluralidad”.⁴²

Continuemos con el análisis, tratando ahora de rastrear los ecos del discurso peronista. El establecimiento de esas fronteras abruptas respecto de un pasado a mediano plazo, asimismo, lo posicionaban a distancia de los enunciados de su predecesor, y de la relación que éste había entablado con la protesta social (y, en definitiva, podríamos agregar, con su dimensión nacional-estatal de orden). En efecto, la delimitación contra ese pasado considerado “infernial” y la fuerte diferenciación respecto del mismo como principio de construcción de la propia identidad implicaban una explícita política de defensa de derechos humanos y de condena a las Fuerzas Armadas, de la mano de una reprobación de todo tipo de represión y ejercicio de la disciplina en pos del orden –incluida, por supuesto, aquella efectuada por Duhalde meses atrás. Puesta en escena que manifestaba, a su vez, el establecimiento de un vínculo simbólico respecto del “peronismo de izquierda” de la década del setenta, y del imaginario, podríamos decir, militante sostenido por este último: elementos como la pasión, la defensa incondicional de ciertos valores y convicciones, la relación entre ética y justicia –popular-, la representación *verdadera* del pueblo (maravillosamente, Sarlo: 2003) no resultan ajenos a la retórica kirchnerista.⁴³

De este modo, la dimensión del discurso peronista anclada en su voluntad por imponer orden a la totalidad social y diluir los conflictos “espurios” se desdibujaba en las

⁴¹ “Cambio profundo significará dejar atrás la Argentina que cobijó en impunidad a genocidas, ladrones y corruptos mientras condenaba a la miseria y a la marginalidad a millones de nuestros compatriotas” (Mensaje a la Asamblea Legislativa, 01/03/04).

⁴² “La Argentina de la uniformidad ya vimos que no sirvió, la Argentina de las verdades absolutas también es una Argentina de fracasos. Sea de un lado, sea del otro, quién lo diga, esté en el gobierno o no, todo aquel que cree tener verdades absolutas seguramente corre el riesgo de equivocarse fuertemente y nosotros optamos por esto: pluralidad, consenso, verdad relativa que nos permita encontrar verdades superadoras” (Palabras en el acto del Ferrocarril Belgrano Carga S. A., 13/11/03).

⁴³ El vínculo de Kirchner con dicha década merecería un capítulo aparte, aunque no nos detendremos en ello dado el objeto de las presentes páginas. Sin embargo, creemos que más o menos explícitamente, o en palabras que remiten a la terminología sostenida por la perspectiva del análisis del discurso (Mainguenu: 2002), ya sea anclado en el *ethos dicho* o *mostrado*, existe en Kirchner una reivindicación de las prácticas políticas de dicha generación, vinculadas a las cuestiones mencionadas previamente. Resignamos esta indagación para futuros trabajos. Sólo a modo de coqueteo, permitámonos una cita: “Vengo a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación; vengo a proponerles un sueño que es la construcción de la verdad y la justicia; vengo a proponerles un sueño que es el de volver a tener una Argentina con todos y para todos (...) de nuestra generación que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 25/05/03).

intervenciones de Kirchner.⁴⁴ Por el contrario, y sobre todo, era la dimensión nacional-popular, de reinscripción del antagonismo y el conflicto como principio de ordenamiento del campo político, la que era desarrollada en sus discursos. Dicha dimensión se desplegaba a partir de varios desplazamientos. En primer lugar, como hemos desarrollado previamente, en tanto se delimitaba una fuerte frontera temporal respecto de “el modelo” pasado, iniciado en 1976 y sostenido hasta la implosión de 2001; modelo que, sin embargo, como en el caso de Duhalde, no construía una alteridad caracterizada simplemente por un sistema o estado de cosas, sino que era también personificada en una serie de actores específicos de aquella coyuntura: “neoliberales”, “financieros”, “economistas”, “tecnócratas”, “periodistas” y “corruptos” asumían la forma del adversario frente al cual diferenciar la propia identidad.⁴⁵ En segundo lugar, e íntimamente ligado al punto precedente, nuestro enunciador proponía un *nuevo* proyecto de país –a grandes rasgos, basado en el fomento a la producción y el consumo interno, con un Estado promotor y presencial, capaz de generar inclusión, bienestar, dignidad, justicia y respeto por los derechos humanos- que, en definitiva, anclaba la Nación a un contenido particular y, por supuesto, a los intereses de determinados sectores sociales. Proyecto que se presentaba como la contracara *vis à vis* de aquel “modelo” que se decía dejar atrás, y que, es más, había sido –desde la semantización retrospectiva de nuestro enunciador, por supuesto- reclamado por la ciudadanía en las fatídicas jornadas del 19 y 20.⁴⁶ El adversario, por tanto, aquel que había sido desdibujado durante la década menemista, y que había vuelto a surgir en la retórica duhaldista, volvía a emerger, aun más fuertemente en los discursos de N. Kirchner, instaurando ecos de la dimensión nacional-popular que había caracterizado a fuego al peronismo.⁴⁷

⁴⁴ Así como, hipotetizamos aquí, había ocurrido también en el discurso de Montoneros.

⁴⁵ “Nos vamos a encontrar siempre con las políticas de los lobbies o de aquellos que escriben en distintos medios diciendo que si acá no se hace tal y tal política la Argentina es impracticable; claros agentes de determinados grupos concentrados de la economía” (Acto de lanzamiento del Plan “Manos a la obra”, 11/08/03). “Pero ojo, llegamos a esto con la metodología y los conceptos neoliberales, los conceptos de estos economistas que ustedes ven en la televisión hablando permanentemente, o de estos hombres que se ponen serios para hablar de economía” (Palabras de acto de firma de convenios en el marco del programa nacional de saneamiento, 21/08/03).

⁴⁶ “En ese contexto económico y social se construyó el estallido cívico de diciembre de 2001. No se trató sólo de la queja de aquellos que expresaron su enojo por la falta de respuestas de la dirigencia a los problemas que en concreto se vivían, se trató también de un reclamo ciudadano que le demandó a la democracia un proyecto de país que contenga a todos los argentinos, un modelo político y económico que regenere la calidad institucional de la República, que termine con el abuso, la concentración y la pobreza, que ponga en marcha la producción y recupere el trabajo como única fuerza de desarrollo digno en la sociedad moderna” (Palabras en el 149º aniversario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires).

⁴⁷ Nos gustaría realizar aquí una aclaración, relativa al proceso de constitución de toda identidad política –y que retomaremos al final de este trabajo. Como señala Aboy Carlés, “toda identidad política supone un principio de escisión, el establecimiento de un espacio solidario propio detrás del cual se vislumbra la clausura impuesta por una alteridad. Pero a su vez, toda identidad política busca la ampliación de su propio espacio solidario (...) pretensión de desplazar ese límite, de captar el espacio que se vislumbra tras la original clausura” (2004). Hemos señalado la forma óptica que adquiere dicha tensión en las declaraciones de Duhalde. Respecto del discurso

Ahora bien, dicha propuesta era presentada enfatizando su carácter disruptivo: “nueva”, “diferente”, “distinta”⁴⁸ eran significantes que reforzaban la ruptura radical entre los desplazamientos que oponían un pasado de frustración a un futuro promisorio, una “vieja” Argentina signada por un “modelo económicamente regresivo”, “antinacional”, de “concentración y exclusión social”, en la cual se encontraban “pervertidas tanto la cultura como la moral”, y una “nueva” Argentina, de “crecimiento, inclusión y equidad”, en la cual se decía buscar el interés *verdaderamente* nacional. Es de este modo que resuena el fundacionalismo que habíamos delineado a partir de los discursos de Perón, consistente en demonizar un pasado y oponerle un futuro considerado oprobioso, dando nacimiento a una nueva historia y a una nueva Argentina, y posicionándose de esta forma como punto de inflexión radical. Para ello, profundizando los lineamientos de su predecesor, el Estado era concebido como actor paradigmático a la hora de implementar el conjunto de transformaciones defendidas –en efecto, se lo caracterizaba con un rol fuertemente activo, promotor de determinadas políticas de defensa de derechos humanos, distribución del ingreso, incentivo a la producción, resguardo de la salud y la educación–, convirtiéndose en el espacio comunitario de recomposición de las heridas y sufrimientos diagnosticados por Kirchner para las décadas precedentes.⁴⁹ Espacio que era considerado íntegramente nacional, en oposición a las aristas transnacionales que habían signado, según nuestro enunciador, las políticas regresivas implementadas desde el setenta y seis.

kirchnerista, creemos aquí que si bien desdibuja la dimensión nacional-estatal de orden –y pacificación–, el momento ontológico de desplazamiento del límite y aspiración a la universalidad está relacionado, por lo menos durante su primer año de gobierno, con la búsqueda de regeneración cultural y moral de toda la comunidad. Para ver esta operación (Slipak: 2006). A modo de ejemplo, “estamos convencidos de que debemos despertar las energías que la República Argentina atesora en el interior de su propia sociedad (...) colaborar en esta reconstrucción, que no sólo es económica sino también cultural y moral (...) Sólo si los políticos, los empresarios, los periodistas, los economistas, los ciudadanos en general damos el paso de empezar a producir los profundos cambios culturales que nos permiten creer en un proyecto de raíz y contenido nacional, que nos permita proyectarnos en el mundo, dejaremos atrás un pasado de frustración” (Palabras en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 02/09/03).

⁴⁸ “Una nueva Argentina está naciendo, estamos llamando a todos a trabajar juntos por su grandeza” (Palabras en el día del Ejército, 29/05/03); “Les puedo asegurar que vamos a poder empezar a construir entre todos una Argentina diferente” (Palabras en La Matanza, 12/06/03); “Es dura y difícil la lucha cuando queremos hacer un nuevo país, cuando queremos hacerle entender a las grandes corporaciones económicas, a los intereses, a algunos economistas, que ya no es posible, como ellos sueñan, hacer una Argentina cerradita para ellos solos, que están estos miles de rostros, que se multiplican en toda la Argentina, que un verdadero proyecto económico no es aquel que solamente les permite vertebrar la aritmética sino que les permite a todos ustedes, a los millones de hermanos y hermanas que no tiene trabajo y que buscan un techo que los cobije, ser parte activa de la Argentina y que la bandera de nuestra Patria les devuelva la cobertura de justicia y dignidad perdida” (Palabras en Florencio Varela, 05/08/03).

⁴⁹ “Es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión y creando oportunidades a partir del fortalecimiento de la posibilidad de acceso a la educación, la salud, la vivienda, promoviendo el progreso social basado en el esfuerzo y el trabajo de cada uno (...) Vengo a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 25/05/03).

Mencionemos un último elemento de lo que hemos estado intentando rastrear en este recorrido ¿Desde que posición de enunciación nuestro enunciador promovía la “nueva Argentina”? Aquí es retomado con mayor éxito que bajo los desplazamientos de su predecesor el modelo de la llegada descrito para el dispositivo peronista, puesto que se trataba de intervenir desde un espacio de *exterioridad*, tanto respecto del aparato político justicialista como así también de la *clase* política vapuleada en las jornadas de 2001; exterioridad que resultaba reforzada por la propia condición sureña del presidente, y que, en definitiva, lo legitimaba para delimitar un punto de inflexión (re)fundacional.⁵⁰ Como lo advirtiera Juan Carlos Torre, se trataba de un *outsider*, un recién llegado, y en este sentido, alguien ajeno al escenario de disputa nacional (2004). Asimismo, en relación al dispositivo de enunciación, se ponía de manifiesto la construcción de una figura presidencial que, lejos de establecer mediaciones político-institucionales, tendía a expresarse de manera explícita y directa respecto de las diversas problemáticas que surgían durante su gobierno (lo cual era reforzado por la utilización de un lenguaje llano y coloquial)⁵¹, de manera tal de convertir su *cuerpo* en el principio de legitimidad, en un intento por recordar –aunque claro, con otro nivel de efectividad- el estatus de verdad que poseía la palabra de Perón.

Por tanto, dimensión nacional-popular antes que nacional-estatal, fundacionalismo, posición de enunciación de exterioridad, lenguaje coloquial, concepción del Estado con un rol activo a la hora de implementar un conjunto de transformaciones sociales, como hemos señalado, eran algunos de los ecos del discurso peronista que podían identificarse en las intervenciones kichneristas.⁵² Muchos de ellos profundizaban los lineamientos ensayados por Duhalde desde su gestión presidencial, mientras que otros buscaban distanciarse de sus intervenciones, en pos de construir una identidad particular. Muchas de estas operaciones, a su

⁵⁰ “Soy un compañero de ustedes, alguien a quien circunstancialmente le toca ser presidente de la Nación, pero soy un hombre común con responsabilidades importantes” (Palabras en la Provincia de Buenos Aires, 27/08/03). “Pongamos todo nuestro esfuerzo, con toda la fuerza sureña, o como algunos quiere decir de mí, “ahí viene el pingüino”; que lo digan, viene el pingüino, un argentino que quiere una patria distinta, muchas gracias” (Palabras en la Villa 21, 20/08/03).

⁵¹ “Queridos amigos, los abrazo fuertemente, soy un compañero de ustedes (Palabras en la Provincia de Buenos Aires, 27/08/03). “De corazón, muchísimas gracias, estoy a vuestras órdenes. Los quiero mucho” (Palabras en la Villa 21, 20/08/03).

⁵² Aunque no ha sido el objeto de las presentes páginas, otros elementos, pertenecientes a matrices políticas distintas al peronismo, conviven en el discurso de nuestro enunciador. En efecto, en otro lugar (Slipak: 2006), hemos analizado la presencia de ciertos tópicos pertenecientes a una retórica liberal, que reinstalan, incluso, desplazamientos alfonsinistas: “hoy la defensa de los derechos humanos ocupa un lugar central en la nueva agenda de la República Argentina (...) el respeto a la persona y su dignidad deviene de principios previos a la formulación del derecho positivo y reconoce sus orígenes desde el comienzo de la historia de la humanidad” (Palabras en la Cumbre de Jefes de Estado del MERCOSUR, 16/12/03). “Sin abandonar las distintas particularidades que siempre resultarán enriquecedoras del accionar colectivo debemos encontrar el modo para que, unidos en la diversidad, se pueda hacer rendir el pluralismo en beneficio común” (Palabras en la Cámara Argentina de Comercio, 11/12/03).

vez, se contraponían al imaginario político sostenido durante los noventa; sobre todo, aquella mediante la cual la figura del adversario volvía a nacer de manera explícita en el discurso político, trayendo a un protagonista que había logrado esconderse –su desaparición, por supuesto, resulta imposible- bajo la específica puesta en escena realizada durante la década precedente: el conflicto. Y con él, aquello que muchos, aunque, es cierto, no todos, han identificado como distorsión (*tort*), mutación simbólica, antagonismo, relación amigo/enemigo (respectivamente, Rancière: 1996; Lefort: 1990; Laclau: 2004; Schmitt: 2001), esto es, la política. Era ella, al parecer, la que surgía como protagonista explícita⁵³ en el campo de la comunicación política delineado luego de la renombrada *crisis*. Ensayemos, ahora, con un último respiro, y para terminar, unos breves comentarios.

V. Reflexiones finales

Hemos rastreado, a lo largo de estas páginas, la resignificación de aquellos elementos que habían caracterizado la matriz discursiva del peronismo en dos enunciadores privilegiados del campo de la comunicación política posterior a los *acontecimientos* de 2001. Dimensión nacional-estatal, dimensión nacional-popular, fundacionalismo, posición de enunciación desde un espacio de exterioridad como forma de legitimación de la propia intervención en la coyuntura, modismos coloquiales, entre otros más. Presentes en uno, en otro, o en ambos enunciadores han dado cuenta de la complejidad de la conformación de los imaginarios políticos, y de los procesos de sedimentación y resignificación que signan la circulación discursiva.

Ahora bien, existe un punto que ha venido sobrevolando este trabajo, referido a la especificidad de la política y la construcción de las identidades. Cuestiones que, creemos aquí, no resultan menores, ni han sido saldadas, imposibilitando, en definitiva, aquel cierre que intentaba establecer F. de Saussure entre las dos partes del signo lingüístico. En efecto, si la *indeterminación* juega un rol constitutivo en las sociedades modernas (Lefort: 1990), la noción de identidad política parece no escapar a dicha suerte, expresando la propia tensión e indecibilidad que caracteriza los procesos que designa. Como sugerimos previamente, tensiones entre el establecimiento del límite que se vuelve condición de posibilidad e imposibilidad de la propia identidad (Derrida: 1989) al tiempo que voluntad por desdibujar esa frontera, cooptando al adversario al interior del propio colectivo. Conflicto como modo de

⁵³ Lejos estamos de afirmar que durante la década precedente no hubiera disputa política o conflicto; simplemente, sostenemos que el imaginario político consolidado en dicho período negaba, en definitiva, su propia condición política, tratando de eliminar al adversario y al conflicto de su discursividad, asumiendo un *como si* neutral; operación que parecía subvertirse, más o menos fuertemente, como hemos visto, en los discursos post 2001.

subjetivación de una particularidad al tiempo que conciliación como deseo por alcanzar la universalidad. Tensiones que, en definitiva, hacen referencia a aquello que han afirmado, alternativamente, quienes han reflexionado sobre la política misma, oscilando, por un lado, entre la definición de las reglas de funcionamiento y, podríamos decir, de la administración de las diferencias; o bien, la atención y reivindicación de la irrupción de *la parte que no tiene parte*, y con ella, del antagonismo, la decisión, el conflicto. Péndulo indecidible y, asimismo, constitutivo. Juego inestable e indeterminado que, como hemos tratado de delinear y reconocer en los no siempre armónicos desplazamientos de nuestros enunciadores, signa intrínsecamente la discursividad política, y con el cual nos gustaría pudiera leerse el punto final del presente escrito.

Bibliografía

-Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario.

----- (2004). “Repensando el populismo”, en Revista *Política y Gestión* N° 5, Buenos Aires.

----- (2005). “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación” en *Estudios Sociales*, N° 28, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.

-Altamirano, Carlos (2002). “Ideologías políticas y debate cívico” en Juan Carlos Torre (comp) *Los años peronistas (1945-1955)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

-Arendt, Hannah (1995): “Comprensión y Política”, en: *De la Historia a la Acción*, Editorial Paidós, Barcelona.

-Armony, Victor (2002). *Populisme et néopopulisme en Argentine: De Juan Perón á Carlos Menem en Politique et Sociétés*, vol 21, N° 2, Université du Québec, Canada.

-Beltrán, Gastón (1999). “La crisis de finales de los ochenta bajo la mirada de los sectores dominantes. Justificación e inicio del proceso de reformas estructurales de los años noventa” en *Epoca. Revista argentina de economía política*, N° 1, Buenos Aires.

-Canelo, Paula (2002). *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995*, FLACSO, Buenos Aires.

-Cheresky, Isidoro (2004) (comp) *¿Qué cambió en la política argentina?. Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada?*, Homo Sapiens, Rosario.

-De Ipola, Emilio (1982). *Ideología y discurso populista*, Ediciones siglo XXI, Buenos Aires.

----- (1987). “Crisis y discurso político en el peronismo actual: el pozo y el péndulo” en AA.VV *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Editorial Hachette, Buenos Aires.

----- (1989). *Investigaciones Políticas*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires.

----- (1989). *Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo en Desarrollo Económico*, v.29, N° 115, Buenos Aires.

----- (1995). “Desde estos mismos balcones...” en Juan Carlos Torre (comp), Editorial Ariel, Buenos Aires.

- (2004). “El peronismo en sus orígenes: buscando la palabra ausente”, Cuartas Jornadas de Historia. El primer peronismo, 17 y 18 de noviembre 2004, Universidad Torcuato Di Tella.
- Delamata, Gabriela (2000). Populismo y derechos: sobre la constitución del sujeto político democrática en Argentina, en *Revista Política y Gestión*, N° 1, Buenos Aires.
- Derrida, Jacques (1989). *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid.
- Halperin Donghi, Tulio (1993) “El lugar del peronismo en la tradición política argentina” en Samuel Amaral y Mariano Ben Plotkin (comps) *Perón: del exilio al poder*, Editorial Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires.
- Ferry, Jean-Marc, Wolton, Dominique, et al (1995). *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona.
- Laclau, Ernesto (1978). Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo, Editorial siglo XXI, Buenos Aires.
- (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Lefort, Claude (1990). “La invención democrática”, en *Revista Opciones*, Santiago de Chile.
- Lvovich, Daniel (2003). *Nacionalismo y Antisemitismo en la argentina*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires.
- Maingueneau, Dominique (2002). “Problemas d’éthos”, *Pratiques*, N° 113-114.
- Peirce, Charles S. (1987). *Obra lógico-semiótica*, Taurus, Madrid.
- Plotkin Ben, Mariano (1993) “La ideología de Perón: continuidades y rupturas después de la caída” en Samuel Amaral y Mariano Ben Plotkin (comps) *Perón: del exilio al poder*, Editorial Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires.
- (1994). *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Editorial Ariel, Buenos Aires.
- Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz (2003). *La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Sigal, Silvia (2002). “Intelectuales y peronismo” en Juan Carlos Torre (comp), *Los años peronistas (1945-1955)* Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Schmitt, Karl (2001). *Carl Schmitt, teólogo de la política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Hipamérica, Buenos Aires.
- Slipak, Daniela (2006). “Entre límites y fronteras: articulaciones y desplazamientos en el discurso político de la Argentina post crisis (2002-2004)”, informe final de beca Clacso, www.clacso.edu.ar.
- Verón, Eliseo (1987). “La palabra adversativa”, en *E Discurso Político*, Hachette, Buenos Aires.
- Torre, Juan Carlos (2004). “La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el Partido Justicialista”, presentado en la Conferencia *Argentina en perspectiva*, Universidad Torcuato Di Tella.

Fuentes documentales

- Discursos del Presidente Eduardo Duhalde. Enero 2002- Mayo 2003. Comunicación Presidencia de la Nación. CD-ROM.
- Discursos del presidente N. Kirchner del 25/05/03 al 25/05/04, página web www.presidencia.gov.ar
- Diario *La Nación*, febrero de 2002, página web www.lanacion.com.ar